



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 1822

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración, Mayor, 24

JUEVES 15 DE DICIEMBRE DE 1904

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin 61; y J. Jones, Fauburg-Montmartre, 81.

En crisis

Sonó la palabra sacramental y todos han puesto atención.

El gobierno está en crisis. El camino que recorría, amplio y fácil, se ha tornado angosto y en la angostura ha quedado detenido.

¿Por qué ha ocurrido eso? Sin duda por todo; es decir, por varias cosas que eran para el gobierno otros tantos obstáculos.

El ministro de Marina no se encontraba á gusto y se va, abandonando sus célebres reformas.

El de Instrucción pública, cuyo paso por el gobierno ha sido inútil, tampoco estaba muy contento; tan no lo estaba que deseaba la ocasión de marcharse.

El de la Guerra estaba como los otros dos. Sus reformas lo tenían abstraido, pero temeroso de lo que ha pasado, es decir, de encontrar grandes dificultades para designar el jefe del Estado Mayor.

Con tales situaciones y tales temores y los debates de los últimos días ¿qué había de ocurrir? Lo que ha ocurrido, lo que esperaba todo el mundo.

No obstante, á todos ha sorprendido la crisis y el motivo de ella, pues ya hace varios días que se habló del asunto y ministros y ministeriales le negaron de un modo terminante.

Y, sin embargo, era verdad. Estamos en crisis. El ministerio en masa ha hecho dimisión.

¿Cambiará por eso la faz de la política?

No es probable. Los liberales no están aún unidos y además habría que disolver las Cortes y consultar de nuevo al cuerpo electoral.

¿Quién será el escogido para formar gobierno?

¿Silvela? Renunció la dirección de la política de modo tan rotundo é in-

sistente que puede descartarse sin miedo de incurrir en error.

¿Romero Robledo? No es del gusto de la mayoría y además, no hace cuarenta y ocho horas que el presidente dimisionario lo censuró en el Parlamento.

¿Villaverde? Vendría sin autoridad para plantear la política económica, única cosa que le da relieve.

¿Azcárraga? Pudiera ser, aunque no le gusta exhibirse. Hombre de buen sentido, comprende que el poder es muy pesado y no le place soportar la carga. Mas sin embargo, se sacrificará si así conviene.

Lo improbable es que vuelva Maura, in Osmá, ni Domínguez Pascual, ni Linares, ni Ferrandiz, ni tal vez Sánchez Toca que también tiene ganas de descansar un poco.

Lo que más expectación produce es el caso en que pudieran ser llamados los liberales al poder.

¿Quién sería el llamado? ¿Montero ó Morel?

Después de escritas las anteriores líneas, viene la nueva de que la solución de la crisis llega á escape. El Rey ha hecho las consultas de rigor en estos casos y el general Azcárraga ha recibido el encargo de formar gobierno.

Seguramente hoy por todo el día serán conocidos los demás ministros. Pero no hace falta para asegurar que la política que siga el nuevo ministerio será continuación de la anterior.

PROFECIAS

Las que hacen del resultado de la guerra en el Extremo Oriente los que desfilan á ese asunto principal atención son favorables á los rusos. Estos obtendrán la victoria final, sin duda alguna, tan pronto como reúnan medio millón de hombres. En tal

momento —y á juzgar por las noticias— la mitad caerá sobre Kuroki y el resto barrerá la Manchuria, caerá sobre el ejército sitiador de Puerto Arturo y lo destrozará, salvando así á las tropas de Stoessel y la fortaleza en que desde hace tanto tiempo permanece encerrado.

Esto, dicho así, aisladamente, parece no tener vuelta de hoja; mas, para desgracia de los rusos, no puede desligarse la suerte de las armas de la situación del país.

Rusia es rica. Su población es numerosa. Bajo estos aspectos no pueden faltarle recursos; pero los da sin entusiasmo y ya los regatea hasta el punto de que alguna región se niega á darlos.

Trabajado el país por dos aspiraciones diametralmente opuestas, amenaza convertirse todo el territorio en campo de batalla y ya comienzan á contender los odios, restando entusiasmos en la lucha contra el invasor.

¿Es cansancio lo que siente Rusia? ¿Es que su tesoro ha experimentado tales mermas que hacen imposibles nuevos sacrificios? No, no es eso; es que los partidarios de la guerra, los que profetizan la victoria rusa y el aniquilamiento del Japón, basan en la realización del triunfo la esperanza de avanzar el régimen autoritario, la situación de fuerza en que vive de antiguo el imperio. Ese triunfo será para los partidarios del progreso la ruina de sus ilusiones y de ahí que se dé el raro fenómeno de que estando Rusia empeñada en una guerra que la compromete en alto grado, presencien los rusos impasibles, casi con alegría, el avance de los japoneses.

Y es natural que ocurrirá así. Si la victoria sigue sonriendo á los nipones, el partido ruso de la guerra, el partido autocrático necesitará congraciarse con el pueblo y dará á éste la constitución que anhela. Si sucede al contrario no habrá constitución y el sistema represivo que acarrea al ministro Pihwe tan trágico fin subsistirá con doblado rigor.

Eso parece un acto de demencia. Desde luego es un sistema raro, porque en cualquier nación en estado de guerra se procura que el pueblo se interese en la lucha poniendo en ella su sangre, su oro y su entusiasmo. Solo en Rusia se ha prescindido de esto, creando un peligro que había de asomar y que ya asoma, factor con el cual contaban seguramente los nipones al afrontar audaces los riesgos de la guerra.

Y cada vez se agranda. Ayer eran unos cuantos reservistas que se negaban á mar-

char. Hoy son regimientos enteros que desobedecen á sus jefes y que arrojanse á la calle desafiando las iras del poder.

Así comienzan las revoluciones y así empieza en Rusia. Y ese principio de desorden más ó menos grave, que los telegramas de Londres y París califican de revolución plena, puede dar al traste con las profecías, restando á los rusos el triunfo final.

Hace tres meses, éste podía tenerse por seguro; pero ha pasado por Rusia un viento de demencia y ya es aventurado profetizar nada.

Con la guerra fuera y la revolución dentro ¿quién osará decir lo que va á pasar?

¡ANDA, ANDA!

Por el no fuera suficiente para meter el corazón en un puño el carácter agudo que reviste eso de las anelataciones, ahora vienen unos sabios del extranjero con la noticia espeluznante de que las generaciones presentes están, «á pen pres», envenenadas.

Me explicaré: En otros tiempos venía el individuo al planeta sin requisitos de ningún género. El comadrón ó la comadrona le cortaba el cordón umbilical y asunto concluido.

Pero ahora, con los progresos científicos hay que ponerse en manos de los médicos y le primero con que tropieza el rey del mundo al venir á este pequeño planeta achatado por los polos es con la aguda y envenenada lucha, sino de los partidos, pueblos históricos y legendarios, con la aguda y penetrante del vacunador.

La profilaxis nos ha geringado, y metedes perdona la frase, porque ahora según los sabios de referencia, resulta que ha sido una barbaridad de á follo eso de la vacuna, por virtud de la cual se introduce en la sangre sana y pura de los seres inocentes, que libres de toda mancha ó impureza vienen á este valle de lágrimas, un virus maléfico que pudre la sangre y le hace esclavo de las dolencias tan terribles como el cáncer, la tisis, la enagenación mental, etc.

Si, amantísimos lectores, así; esos sabios, estadística en mano, demuestran que ahora hay más cancerosos, más tísicos y más locos por esa endiablada manía de meter en la sangre el pus de la vaca, cuyas células tienen una vitalidad de un 40 por 100 menor que las humanas, y, por consiguiente,

acortan nuestra vida en relación directa de esta proporción.

La teoría de la vacuna, dicen esos sabios, ha sido la charlatanería más gigantesca que cuantas podía haber habido inventado la fantasía de un soñador, y «ahora las generaciones actuales, entecas y enterradas, están sufriendo las consecuencias, porque á título de profilaxis se han metido en el torrente circulatorio un veneno que las empobrece físicamente y las hace llegar antes con antes á la tumba fría.

¡Estamos frescos con la noticia; ahora que íbamos tomándole el gusto, y no dige el pelo por no salirme de la cuestión, á las inyecciones hipodérmicas!

¿Qué lastima! ¿Qué vamos hacer ahora con todos esos sueros microbicidas que la bacteriología moderna pretende largarnos á título de profilaxis científica?

Era, en verdad, sugestivo en alto grado ese de los fagocitos de devoradores de las células muertas.

Ejércitos numerosos, que venían de refuerzo en esos sueros, tomaban pedaciones en el organismo, daban la batalla á los microbios malos y los derrotaban ni más ni menos que los japoneses á los rusos en la Manchuria.

Cierto que íbamos demasiado de prisa. Habíamos ya supuesto, con las experiencias de Meichnikoff, que el microbio de la vejez estaba derrotado con las teorías de Koch; que el del cáncer estaba poco menos que desahuciado con los modernos experimentos de otros sabios, pero esta noticia de última hora relativa á los desastrosos efectos de la vacuna viene á echar por tierra todas nuestras ilusiones.

¡Qué le hemos de hacer!

Volvemos á empezar con los primitivos métodos de robustecer la raza á fuerza de aires puros, tajada limpia, buen trigo y mejor siesta; poco trabajo, mucho sueño y gran jaleo, y por supuesto, nada de pólvora.

Las medicinas y las cataplasmas para los médicos y los boticarios.

Pero ¡ay! el grave problema de las substancias no impide retroceder á los métodos antiguos, porque la carne está cara, la moneda está enferma y la lucha por la existencia tiene agotadas nuestras pocas fuerzas.

Infiicionados ó no por el veneno de la vacuna, tenemos que proseguir nuestra peregrinación como el Judío Errante, dejando detrás la peste y teniendo por delante el



—¿Vienes, Bojo?— gritaron de afuera.

—Allá voy.

El oficial dió algunas otras órdenes en voz baja y salió precipitadamente.

Momentos después infantes y ginetes se pusieron en marcha, dirigiéndose en apariencia hácia el castillo del Breuil.

Hagáranse de las piernas, quisieron obligarle á andar. El infeliz se resistía, y empezaron á darle golpes.

—¡Nada de violencia!— volvió á decir el jefe misterioso.

¿No sabéis cuales son vuestras órdenes? El que las quebrante será castigado.

Sacaron á Bernard arrastrando, y solo quedó en la sala el oficial con otros dos bandidos y los prisioneros.

—Tú, Normandote, y tú Manco,—dijo en su jerga ordinaria á los compañeros,—os quedareis aquí de guardias; pero cuidado con atormentar á los prisioneros ni emborracharse con el vino del granjero, porque el «otro» está de un humor infame y no espasará los palos y las balas en el órden; con que ya os lo advierto.

Otros dos camaradas quedarán para hacer la ronda alrededor de la casa, y con esos ya sos bastantes. Pero lo repito nada de malos tratamientos á los prisioneros si permanecen quietos... Si se revuelven,—prosiguió en francés y abnegando la voz,—los encerrais á todos en la barraca y la pegais fuego por los cuatro costados: con eso entrarán en razón.

Uno de los bandidos, reparando que Ledrange no tenía venda, cogió un pedazo de tela burda y se lo rodeó á la cabeza; pero antes de perder el uso de la vista, el joven había tenido tiempo de distinguir no lejos de sí una forma esbelta y graciosa que le pareció ser la de María de Moreville.

La voz del oficial no tardó en dejarse oír de nuevo,